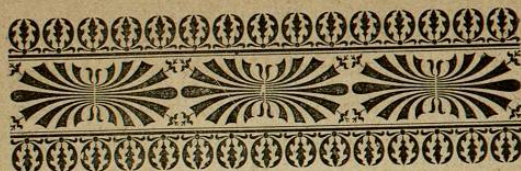


buscar un alfiler, y no lo encuentra: todo esto es muy natural. Cuando yo lo busqué personalmente, lo encontré: hoy no parece.

Castaños oía atentamente á Carlos, y sin interrumpirlo; pero en realidad, le habían hecho profunda impresión sus palabras, porque la amargura de Carlos era profunda y concentrada, y en su lucha por dominarse, conseguía siempre terminar sus períodos con una sonrisa.

Habló largamente con Castaños acerca de sus asuntos, le dió muchas órdenes, le hizo algunos encargos importantes, y enseguida se despidió, no sin ofrecerle á Castaños que no sería aquélla la última ocasión que se viesen.



CAPÍTULO X.

LA JUSTICIA.

A corta distancia del pueblo en que vivía don Santiago, había una pequeña venta y mesón de arrieros, que según expresión de los vecinos, era y había sido desde tiempo inmemorial, abrigadero de ladrones.

El prefecto de entonces, que según el mismo don Máximo decía, era hombre astuto y entendido, había fijado ya su atención en aquella venta, y discurría los medios

de que debería valerse para evitar las reuniones que allí se verificaban frecuentemente, y de las que resultaban por lo general algunos accidentes.

En la noche á que nos referimos, habían parado allí dos ginetes, los cuales, á juzgar por su aspecto, no parecían sospechosos.

Tras de un viejo mostrador estaba, en una pieza desmantelada y sucia, un hombre con la cabeza y la barba blancas, y con todas las trazas de haber sido apasionado de Baco, pues su rostro ofrecía todos los signos patológicos de los alcohólicos.

—¿Hay pasturas? preguntaron los dos hombres de quienes acabamos de ocuparnos.

—Hay, contestó secamente el viejo.

Entraron, pues, los dos ginetes al corral, sólo que en vez de preguntar por el mozo de los macheros, ataron sus caballos en buen lugar, y se pusieron á hablar misteriosamente por largo rato, yendo á colocarse enseguida en una de las dos bancas de piedra colocadas á los lados de la puerta de la pequeña tienda.

Embozados en sus malos jorongos, permanecieron guardando profundo silencio, y quedándose al parecer dormidos.

Á eso de las ocho se oyó á lo lejos el galope de dos caballos, y algún tiempo después llegaban á la venta Gómez y uno de los suyos.

Gómez paró su caballo cerca de la puerta y después de una ligera pausa, durante la cual el viejo plegó los ojos pareciendo reconocer al recién venido, le dijo:

—¿Quiere el cuarto?

Gómez también se tardó algo en contestar, pero al fin dijo:

—Pues vaya.

Y arrendó su caballo, y seguido por el ginete que lo acompañaba, entraron al corral.

—¿Qué haces, pelón? le dijo Gómez á un muchacho que se apareció para tomar las riendas de los caballos.

—¿Qué hace usted, señor? contestó el muchacho, y luego agregó:

—¿Se desensilla?

—No, no, contestaron á un tiempo Gómez y su compañero; y se dirigieron al cuarto que estaba contiguo á la tienda, encendió Gómez una vela de sebo, y le dijo á su compañero:

—Váyase por el mescalito.

—Había en aquel cuarto una mesa de palo blanco, oscurecido por el tiempo; dos bancas, y en un rincón un zócalo de mampostería destinado á servir de cama á los pasajeros.

El compañero de Gómez trajo un gran vaso lleno de mescal.

Al principio bebieron en silencio; pero á poco rato, Gómez comenzó á ponerse expansivo.

—Oiga, vale, decía, yo sigo de malas.

—¿Por qué?

—*Se me hace* que el viejo no dá por fin el dinero.

—Pues yo creo que sí.

—¿Quién sabe? es un viejo muy agarrado; pero más que eso, yo estoy de malas, y ya

sabe usted, vale, que de que los hombres se ponen de malas....

—No tenga cuidado, vale, le contestó su compañero, y no se ande afligiendo, porque luego es malo sesgarse.

—¿Yo sesgarme? pos ora sí, ¡*esque* me sesgaba? ¡pos ya me iba sesgando!

—¡A qué usted!

—Tan *a-que-lló*, contestó Gómez ¡Ay amigo! lo que uno pasa por una mujer; pues luego hasta tonto se vuelve uno: usted verá, y ésta, ¡por vida de usted! que me ha querido; pero eso sí, como las mujeres.

—¿Y qué, se quiere casar con ella?

—¿Yo?... pos *quensabe* vale, quizá *quedrá* Dios, y si el viejo dá ese dinero, ¡pos cuándo no me caso! y verá qué boda; porque *oigasté*, esta mujer sí me ha querido. ¡Tráigame más mescalito!

—¿Y si le hace daño?

—¡No, qué daño! si ya sabe que sólo *jalado* ando derecho, y es necesario refrescarse, amigo.

—Que en los rigores del tiempo.

Son las penas que me matan,
Y el hombre nunca padece
Sinó por la que es ingrata.
Y qué bien dijo la encina
Cuando le cantó el canario,
No cantes ni me acobardes
Que está mi amor solitario,
Y he visto llorar los hombres,
Cuántimás ese.... ¡canario!

—Váyase á traer más mescalito, vale.

Mientras desapareció su compañero, Gómez recitó de nuevo los anteriores versos.

—Oíga, vale, ¿y el muchacho?

—¿Adios, pues ya no lo despacharon?

—¿Qué, lo despacharían?

—Pues usted no ha mandado decir que no...

—Eso es ¿no vale? que quedé de avisar: pues cuándo no lo han de haber.... beba, amigo, que no se ha de acabar, aquí tengo con que *osequiarlo*, beba recio ¡adios!

El compañero de Gómez apuró el vaso.

De repente se abrió la puerta y se presentaron en el cuarto hasta cuatro hombres.

—Dese preso, dijo uno de ellos.

—¿Yo amigo?

—Usted.

—¿Y yo de qué?

—De qué ya lo sabrá.

—¿Adios, pues qué, usted me conoce?

—Sí usted es Gómez

—¡Qué ha de conocer! si usted no conoce á los hombres.

Á pesar del estado de embriaguez en que se encontraba Gómez pudo notar que le apuntaban al pecho con dos pistolas.

—Pues tal vez se habrá equivocado amigo, ¿pues á quién buscaban?

—A José María Gómez y dese preso.

—Adios y usted va á creer que no me daba! pues el que nada debe.... ¿ó le debo algo?

—Eso ya lo veremos, á ver las armas.

Gómez hizo ademán de tomar su pistola y uno de los que lo amagaban cuidó de cerca de que no pudiera hacer uso de ella.

—Pos estamos dados, dijo el compañero de Gómez, pos con una *sospresa*, pos cómo no se ha de dar uno.

—¿Bueno ya estamos; pero y ora? preguntó Gómez.

—Ahora caminan por ahí.

—Amárrelos, dijo el que parecía el jefe.

—¿Adios y *paqué* es tanto, amigo? pos ni cuándo nos hemos de ir, no ve que si no nos prueban nada pues á mí me conviene ver con quién me compongo después, porque en hallándome solito, si me puedo acomodar me acomodo, y si no, pues ya verá no más, y no apriete tan recio.

Cuando Gómez y sus compañeros tuvieron los brazos atados por la espalda, dijo uno de los aprehensores.

—¡Caminen por delante!

—Hágame favor, amigo, de ponerme mi sombrero, por vida de usted; dijo Gómez á uno de los aprehensores, con un acento que revelaba que aquella cortesía y aquel comedimiento en pedir su sombrero, encerraba el mas cruel sarcasmo.

Al pasar por delante del viejo de la tienda, quien á su vez estaba también en poder de la justicia, dijo Gómez.

—¡Adios! con que á usted también ¿no amigo? pues usted verá sinó son sinrazones: luego, luego cogiéndolo á uno como si fuera culpable; y sin consideración, y es que no saben los señores que uno también sabe la *constitución*.

—¡A ver si camina! le dijo uno.

—Ya voy amigo *¿pos* no vé que vamos caminando?

—¡Y sin resongar!

—Yo no resongo amigo; menos con los que se andan equivocando.

—¿Quién se equivoca?

—Yo digo, porque como usted no me conoce.

—¡Adios de no!

—Yo soy el coronel Gómez y lástima que no le pueda enseñar los oficios que tengo y las cartas de puño y letra de mi general, y hasta del ciudadano ministro.

—Allá enseñará todo eso á quien corresponda, dijo uno de los custodios, nosotros somos mandados; con que camine por delante.

—Pos si no sé andar á pié.

—Pos aprenda.

—Si fuéramos á caballo... ¿y dónde está mi caballo amigo? le dijo Gómez á uno.

—Pos ahí viene.

—Cuídemelo mucho mientras de que salgo; échele su unto en la cruz, yo les daré para él, cuídemelo, los cascós se los lava todas las mañanas y los pone su unto y que me lo bañen, amigo, porque está acostumbrado ¿lo oye? por vida de usted amigo.

Después de haber hecho Gómez los mas minuciosos encargos acerca de su caballo, se resignó á caminar á pié y con los brazos atados y se entregó de lleno á sus reflexiones.

La idea fija que no lo había abandonado en mucho tiempo, volvió á absorber toda su atención.

Todo lo que le sucedía era malo; cada una de las peripecias de su vida, unida á las anteriores, venía tomando progresivamente un carácter mas marcado de gravedad: su fuga de la hacienda y después de ésta el

asalto en que no tuvo embarazo en gritar, su nombre, eran circunstancias de tal manera graves, que le hacían temer seriamente y por la primera vez en su vida, el haber caído definitivamente para no levantarse.

Gómez acabó por ponerse profundamente triste y en todo el tiempo que duró la marcha no volvió á hablar.

A su llegada al pueblo, un inmenso concurso rodeó á los presos, pues casi toda la población había acudido á ver á los plagiarios.

Gómez había conseguido que le bajaran el sombrero lo mas posible sobre los ojos, pero á pesar de esta precaución, los vecinos pudieron reconocerlo perfectamente.

Presentados á la autoridad los presos, fueron inmediatamente puestos en distintos calabozos para incomunicarlos entre sí. Pasó toda la tarde sin que nadie se apareciera por el calabozo de Gómez, pero al oscurecer, fué conducido al juzgado.

En los momentos en que Gómez entraba al pueblo, don Santiago estaba visitando á Salomé.

Acababa de contar ésta toda su historia á don Santiago, quien á cada detalle sobre la perversidad de Gómez, sentía nuevo interés por Salomé.

Corrió don Santiago al juzgado para conseguir que lo primero que se procurase fuera averiguar el paradero de Gabriel: llegó en los momentos en que hacían comparecer á Gómez.

—Ante todas cosas, dijo don Santiago, que este hombre diga dónde está Gabriel.

—Diga usted el lugar donde ha ocultado á ese niño, dijo el juez.

—Pos quién sabe, exclamó Gómez, viendo en torno suyo.

—Es que acaso sería esta confesión la única circunstancia atenuante que pudiera alegarse en favor de usted.

—Ya sé lo que son estas cosas de juzgado, contestó Gómez, le ofrecen á uno y no le cumplen.

—Conteste Vd., ¿en dónde está ese niño?

—Yo qué sé, dijo Gómez encogiéndose de hombros.

—Se sabe á no poderlo dudar, que usted lo tiene en su poder.

—¿Quién dice?

—¿Conoce usted al señor? preguntó el juez señalando á don Santiago.

—Yo, no, contestó Gómez.

—Véalo usted bien.

—Nunca lo he visto.

—Desde la noche en que fui víctima de sus brutales tratamientos, dijo D. Santiago.

—¿Qué tratamientos?

—No se trata ahora de mí, continuó don Santiago, viendo que Gómez se iba á obstinar en sus negativas.

—Después arreglaremos esas cuentas, agregó el juez, ahora se trata de que diga usted en dónde está Gabriel.

—Yo no sé quién es Gabriel.

—Don Santiago hizo una señal de inteligencia al juez.

El 22 de junio, dijo, caminaba con mi hijo Gabriel con dirección á México, porque allí pensaba proporcionar á este pobre niño una buena educación.

Conocen ustedes á Gabriel, agregó dirigiéndose al auditorio, Gabriel es un niño inteligente cuanto desgraciado, es mi hijo adoptivo, yo lo recogí una mañana en que este pobre huérfano, abandonado y hambriento se había sentado á descansar; entonces lo adopté, lo consolé en seguida, y pronto lo amé como si fuese mi hijo.

¿Quiere usted saber la historia de este niño? dijo don Santiago dirigiéndose á Gómez, pues este niño tiene una madre desgraciada, mas desgraciada que usted, mas desgraciada que Gabriel ¿quiere usted saber cómo se llama esa madre? se llama Salomé.

Estremecióse Gómez de piés á cabeza al oír aquel nombre, y abrieron los ojos todos los circunstantes sorprendidos de aquel efecto que nadie se explicaba.

En seguida el juez preguntó.

—¿En dónde está ese niño?

Gómez pretendió contestar y articuló algunas palabras incoherentes.

—¿En dónde está ese niño? insistió el juez.

Gómez vaciló algunos momentos, pero al fin contestó.

—No lo sé, yo no lo conozco.

—Debo agregar algunos detalles, dijo don Santiago: este niño fué arrancado por una mujer, de los brazos de la madre, mientras ésta estaba fuera de sí; tal vez iban á tirarlo al campo, pero la mujer que lo llevaba, era perseguida, y para huír mejor, dejó al niño en tierra á la puerta del maestro herrero, quien recogió al niño y le sirvió de padre.

—Es cierto, es cierto, gritó un viejo con la cabeza enteramente blanca, y que desde el principio de esta escena estaba en la puerta del juzgado en medio de un grupo de curiosos.

—Que dejen pasar á ese anciano, dijo don Santiago.

Los que estaban agolpados á la puerta, se movieron para dar paso al maestro herrero, quien, apoyándose en un grueso bastón y vacilante y conmovido llegó á la presencia de los jueces.

—Es cierto, señores, todo eso es cierto, yo recogí á ese niño y yo le bauticé, es mi hijo ó como si lo fuera, hagan ustedes cuenta: por él he maltratado á mi mujer que no lo quería; por él.... por él he llorado como ahora.... porque el día en que se escapó no tuve consuelo y se escapó, señor juez, por prudencia y por bondad, no por ingratitud; se separó porque veía que mi mujer y yo reñíamos del día á la noche por el niño; y él es tan bueno, que prefirió dejarnos.

—Agregaré, dijo don Santiago, que no se escapó por su voluntad, sinó porque fué robado por una compañía de acróbatas.

—Por don Melquiades, dijo una voz de entre los curiosos.

—¿Quién dijo don Melquiades? preguntó el juez.

—Yo, contestó una anciana.

Era doña Gertrudis.

—Todo eso es cierto agregó, y yo que le fuí á contar á Salomé este lance, muy agena de que aquel niño á quien se había llevado



GABRIEL.

el payaso de la maroma, era nada menos que un hijo suyo.

—Gabriel continuó don Santiago, se separó un día de los acróbatas y vino á este pueblo en donde yo lo encontré.

—¿En donde está Gabriel? volvió á preguntar el juez.

—¿Se me permite hablar? dijo uno de los centinelas que custodiaban á Gómez.

—Hable usted, dijo el juez.

—Pues yo tengo unas malas noticias.

—Délas usted por vía de declaración.

—Pues como no ha vuelto ñor Teodoro.

—¿Qué Teodoro.

—Pues, como dijera yo, ¿no fué el que su persona de usted mandó á seguir á unos señores que dicen que eran sospechosos?

—¿Antes de ayer? preguntó el juez.

—Antes de ayer, repitió el centinela.

—¿Dice usted que no ha vuelto?

—No señor, contestó el que hacía de secretario, ni ha venido ningún parte del otro juez.

—Pues como ñor Teodoro se fué con mi